

PRESENTACIÓN

El mundo rural tiene ante sí un doble reto. Por una parte, debe hacer frente y adaptarse a una crisis ambiental y climática global de la que, sin ser el principal responsable, es un perjudicado directo. Por otra, debe gestionar un acusado descenso demográfico derivado del progresivo abandono de inmensas superficies en territorios con escasas oportunidades de futuro. Todo ello, en el marco de la gran crisis de 2020 originada por la pandemia de la Covid-19 y todas sus consecuencias socioeconómicas. Más allá de los efectos de esta última, fenómenos como la “España Vacía/Vaciada” o los “Fridays for Future” no son ajenos a este doble reto. Una doble crisis –una oportunidad de metamorfosis, tal vez– que no puede resolverse con las recetas de siempre, sino que requiere soluciones diversas, innovadoras, imaginativas y, a ser posible, integradoras: deberíamos evitar que lo que resuelve uno de estos problemas agrave la situación de los otros.

Esta obra presenta y describe un concepto relativamente nuevo, la renaturalización o resilvestración, conocido popularmente por su nombre inglés de “rewilding”, y pretende analizar cuál es su potencial en España. Este concepto propone dar un mayor peso a los procesos ecológicos en la gestión para la conservación, que ha perdido visión de conjunto y se ha centrado cada vez más en la situación puntual de determinados hábitats o especies considerados prioritarios, más por su estado de conservación que por su papel ecológico. El rewilding plantea también la posibilidad de crear nuevos espacios destinados a una restauración ecológica ambiciosa, que nos permitan ir más allá de conservar lo que queda, generando escenarios ilusionantes de recuperación de la funcionalidad ecológica. Unos escenarios que nos acerquen a una cierta “reconciliación” con un mundo natural completo y funcional, diseñada de un modo realista que encaje bien con nuestra sociedad moderna de hoy en día, y que aporte un valor añadido para los territorios donde se lleve a cabo.

Sabemos relativamente poco sobre el funcionamiento de nuestros ecosistemas, y en nuestro contexto no tenemos casi ningún referente “vivo” que nos permita entender el complejo entramado de relaciones que tejió la evolución durante cientos de miles de años. Contar con nuevos escenarios de restauración ecológica puede ofrecernos magníficos laboratorios científicos en los que obtener pistas que nos ayuden a mejorar nuestra comprensión de estas relaciones y los procesos que subyacen en ellas. Unas pistas que pueden ser muy útiles para mejorar el manejo de los socioecosistemas que pretendemos gestionar en la actualidad. En este sentido, una gestión basada en procesos ecológicos puede hacer más eficiente la consecución de objetivos de manejo a gran escala que, de otro modo, pueden ser simplemente inalcanzables. Por ejemplo, en muchos macizos montañosos ibéricos la recuperación de la variedad de herbívoros autóctonos puede suponer una contribución decisiva –y de amplio alcance– al objetivo de contener el crecimiento de la biomasa forestal resultante del abandono rural. Algo muy difícil de conseguir a base de cuadrillas de peones forestales que, inevitablemente, actúan sobre unas pocas decenas de hectáreas al año.

Pero hay algo más importante aún. Estos hipotéticos ámbitos de restauración pueden aunar dos realidades que suelen presentarse como contrapuestas: la *conservación –y recuperación– de la naturaleza* y el *desarrollo socioeconómico*. A la vez que pueden suponer un salto adelante en cuanto a mejora de la funcionalidad ecológica, calidad para la biodiversidad y conocimiento científico aplicado, estas mismas áreas pueden convertirse en nuevas oportunidades de desarrollo y de revitalización del mundo rural, a beneficio de sus habitantes actuales y de los que puedan instalarse en ellas para repoblarlas, gracias a la aparición de alternativas de negocio y de filones laborales anteriormente inexistentes.

Un área extensa manejada según criterios de rewilding, adecuadamente promocionada, puede convertirse en un destino turístico de primer orden, que acabe generando puestos de trabajo relevantes en lugares carentes de oportunidades, y actuando como un factor decisivo de dinamización económica local o regional. Grandes áreas naturales en otras zonas rurales del mundo están jugando este papel crucial, que supera en mucho la escala local y acaba siendo de gran relevancia incluso a un nivel nacional. La clave puede estar en dos aspectos: por un lado, la *singularidad* asociada a este tipo de proyectos, que inevitablemente serán pocos y, por tanto, aportarán una enorme dosis de originalidad a los territorios en los que prosperen; y, por otro, su *potencial para mejorar significativamente los recursos endógenos*. En efecto, mientras que componentes como el patrimonio geológico de una zona (y en gran medida también el histórico) son los que son, y no pueden ser mejorados –aunque sí interpretados y comercializados más o menos activamente–, la recuperación de procesos naturales ejercidos por la fauna supone un enorme margen de mejora de este recurso a nivel local. Quien haya visitado parques y reservas africanos puede hacer la abstracción de quitarles la fauna y pensar en los paisajes resultantes, entornos semiáridos en muchos casos que serían muy poco valorados por los visitantes. Es la presencia de una fauna espectacular lo que los convierte en atractivos turísticos especiales, que motivan la visita de todo tipo de público, incluido aquel no interesado en la naturaleza. Alrededor de esa fauna recuperada pueden surgir nuevos atractivos turísticos antes ausentes en la zona, nuevas modalidades o productos para disfrutarla y, en última instancia, una mayor viabilidad para otras iniciativas empresariales, ya sean agropecuarias, artesanales o servicios de todo tipo ejercidos por pymes o profesionales autónomos.

Está claro que para revertir las dinámicas de abandono rural se requiere algo más que oportunidades laborales y de negocio: hacen falta buenas telecomunicaciones, o una mínima oferta de servicios educativos, sanitarios, comerciales y de ocio. Pero, en todo el mundo, los destinos turísticos importantes han actuado como motores de dinamización socioeconómica, y de atracción de servicios y oportunidades que pueden revertir tendencias aparentemente insalvables. En este sentido, no obstante, el rewilding no puede ser nunca una alternativa excluyente, sino *complementaria* de otras. Por tanto, un aspecto fundamental debe ser el establecimiento de alianzas con otros colectivos o sectores clave del mundo rural. Existe un amplio margen de encuentro y colaboración con colectivos como cazadores, ganaderos, gestores forestales, pescadores o practicantes de deportes al aire libre. Todos ellos pueden verse beneficiados al practicar su actividad en un área dedicada al rewilding o alrededor de la misma.

El mundo rural es muy extenso y variado, por lo que las soluciones a la crisis que está experimentando tendrán que ser también necesariamente diversas, atendiendo a las vocaciones, casuísticas y voluntades existentes en cada territorio. En un contexto de crisis todas las soluciones pueden ser necesarias –aunque seguramente no caben todas en el mismo sitio–, y el rewilding puede ser una de ellas. Y del mismo modo que el rewilding no puede entenderse como aquella solución ideal que deba aplicarse en todas partes (como tampoco pueden serlo otras opciones), ni como un sustituto para el modelo de conservación que se ha venido aplicando hasta ahora, tampoco tendría ningún sentido renunciar a él antes de probarlo, al menos en aquellos ámbitos donde pueda ser factible. En cada sitio habrá que buscar las soluciones más adecuadas y las más deseadas. En esta obra se analiza dónde puede ser más o menos adecuado el rewilding, y qué factores pueden hacerlo más o menos deseado. No cerremos la puerta de entrada a esta opción allí donde pueda ser válida y, quién sabe, quizás también la más eficiente en términos coste/beneficio. Aceptémoslo como una opción más, que podrá adoptar formas distintas según cada lugar. El debate, por tanto, no debería ser tanto “rewilding sí o no”, sino “rewilding dónde, cómo, cuándo y con quiénes”.

Y aquí es donde este libro pretende contribuir a aportar respuestas: qué lugares son más o menos aptos, bajo qué condiciones, qué hay que tener en cuenta, qué lugares descartar...

La obra se estructura en diez capítulos. Después de uno introductorio que presenta el escenario del debate, el segundo capítulo analiza el papel de los procesos naturales en el funcionamiento de la naturaleza y cuáles son los principales procesos que se han visto suprimidos o profundamente alterados por la acción antrópica. El tercero presenta el concepto del rewilding y repasa varios aspectos relevantes para caracterizarlo. Los capítulos 4 y 5 pretenden responder a dos preguntas clave: si el rewilding es *interesante* en el contexto ibérico, y si es *posible*. Esta última pregunta nos lleva a analizar los factores que hacen una zona más o menos apta, enlazando en el capítulo 6 con una revisión a las tipologías de espacios que podrían coincidir con una mayor aptitud para este modelo. El capítulo 7 entra en el detalle de las posibles herramientas que podrían utilizarse para manejar un área en base a los planteamientos del rewilding, y el octavo presenta algunos casos de estudio que pueden ayudar a visualizar la viabilidad de este concepto. Finalmente, los capítulos 9 y 10 aportan, respectivamente, unas conclusiones aplicadas y un exhaustivo compendio bibliográfico.

El libro presenta una visión ambiciosa y, a la vez, pragmática del rewilding. Esta nueva tendencia puede visualizarse como un óptimo deseable, pero también como un proceso que permita mejorar espacios, aunque no se alcance nunca el máximo teórico. El rewilding abre nuevas oportunidades para la naturaleza y para las personas. Este libro constata esta situación, e intenta aportar luz sobre dónde, cuándo y cómo puede ser posible.

Nota

Este libro está escrito antes de la crisis generada por la pandemia del coronavirus causante de la Covid-19. El confinamiento general de la ciudadanía derivado del estado de alarma decretado por el gobierno supuso un cambio radical y repentino en el funcionamiento de nuestra sociedad. En pocos días vimos cómo los niveles de contaminación se reducían en más del 75%, y cómo nuestra presencia cotidiana en la naturaleza se desplomaba. Aunque solo fueran pequeños indicios, casi anecdóticos, en poco tiempo empezaron a sucederse noticias sobre una mejora repentina en la calidad de algunos parámetros ambientales, y sobre una mayor visibilidad de la fauna silvestre, incluso en entornos urbanos. Al escribir estas líneas no sabemos cómo evolucionará esta crisis, pero es probable que, de los cambios que tengan lugar, surjan nuevas oportunidades para la restauración ecológica a gran escala y la renaturalización de buena parte del territorio. Probablemente nada volverá a ser como antes y, en este contexto, será muy interesante ver a dónde nos llevará todo esto, y si sabremos aprovechar las nuevas oportunidades que nos pueda deparar.